

Mitos

LA CIUDAD, EL TIEMPO Y LO SENSORIAL EN *LOS PASOS PERDIDOS*

Antonio García *

Los pasos perdidos narra el viaje de su protagonista desde una gran ciudad hasta la selva sudamericana en busca de unos instrumentos primitivos. Pero verdaderamente es una búsqueda de significados para una vida que había perdido la posibilidad de algún sentido.

La novela se desarrolla en tres entornos o lugares genéricos: la gran ciudad, la capital latinoamericana y las zonas rurales y selváticas. A cada uno corresponde una percepción, una manera de asumir el entorno (emocional y racionalmente) y de relacionarse con él. Para efectos metodológicos, dividiré los tres entornos para explicarlos uno por uno; asimismo, las seis unidades mayores en que se divide la novela las llamaré *partes*, mientras que las subdivisiones —que se identifican con números romanos— serán los *capítulos*.

La gran ciudad

Asistimos aquí, en la primera parte, a un entorno agobiante caracterizado por espacios cerrados: la casa en donde el narrador vive con Ruth, la casa de Mouche, el teatro donde actúa Ruth, la empresa donde trabaja el narrador, el teatro donde se toca la *Novena Sinfonía*, la casa del Curador y la universidad. Los espacios de transición, como calles, parques, paseos, carecen de la relevancia que van a adquirir en los sitios posteriores.

En este punto, nos remitiremos a Jesús Martín barbero quien, en su ponencia *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*, habla de que

* Alumno de la carrera de Literatura.

lo que durante años fue sólo un “modelo teórico” de comunicación hoy es parte constitutiva de la estructura urbana. Se trata del *paradigma informacional* desde el que está siendo “ordenado” el caos urbano por los planificadores. (...) la comunicación que hegemoniza hoy la planificación de las ciudades es la del *flujo: de vehículos, personas e informaciones*. Todo ligado a una sola matriz a la vez teórica y operativa: la *circulación constante*, que es a un mismo tiempo tráfico ininterrumpido e interconexión trasparente. (...) La verdadera preocupación de los urbanistas no será que los ciudadanos se encuentren sino todo lo contrario: ¡que circulen! Ello justificará que se acaben las plazas, se enderecen los recovecos y se amplíen y se conecten las avenidas ¹.

Barbero habla de las ciudades latinoamericanas como seguidoras de un patrón que ha regido en las grandes metrópolis desde mediados de este siglo, luego podemos aplicarlo al escenario donde se desarrolla la primera parte. El narrador siente el desasosiego y vacío que le produce la *Novena Sinfonía* en el segundo capítulo.

Es importante tener en cuenta que la conciencia del tiempo, como es de esperar en las grandes ciudades, en donde los horarios son rígidos para la diversión y el trabajo, marcan la vida del narrador: las relaciones sexuales que están marcadas por un ciclo de siete días y la afanosa disculpa ante el Curador relacionada con la hora:

...miro mi reloj para fingir alarma ante el recuerdo de una cita ineludible (...). Pregunto por la hora, con tono urgido, pero me responden que no importa; que la lluvia ha oscurecido prematuramente esa tarde de junio, que es de las más largas del año ².

En este primer entorno, el narrador asume sus experiencias desde la razón. Las angustias y preocupaciones son intelectualizadas constantemente. No hay una aproximación sensorial a la realidad y los recuerdos vienen a partir de alusiones literarias o musicales, como vemos en la última parte del tercer capítulo, en su visita a la biblioteca de la universidad.

La capital latinoamericana

Esta ciudad, a diferencia de la primera, no muestra el ordenamiento y el determinismo de su arquitectura y así lo explica el narrador:

1 Barbero, Jesús Martín. “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación”. En *Cátedra UNESCO de Comunicación Social*, 1991, pág. 153.

2 Carpenter, Alejo. *Los pasos perdidos*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1992, pág. 23.

El periodista que se había instalado a mi lado (...) me hablaba con una mezcla de sorna y cariño de aquella capital dispersa, sin estilo, anárquica en su topografía, cuyas primeras calles se dibujaban ya debajo de nosotros ³.

Esas moles inútiles, paradas entre los edificios, las torres de las iglesias modernas, las antenas, los campanarios antiguos, los cimborrios de comienzos del siglo, falseaban las realidades de la escala, estableciendo otra nueva, que no era la del hombre, como si fueran edificaciones destinadas a un uso desconocido (...). Durante centenares de años se había luchado contra raíces que levantaban los pisos y resquebrajaban las murallas (...), acabando en veinte días con la mejor voluntad funcional de Le Corbusier ⁴.

La capital latinoamericana es una ciudad en donde se propicia el extravío, en donde el narrador se da a la tarea de explorar, de adentrarse en las calles y admirar texturas, olores, reparar en la arquitectura y conocer rasgos de la cultura popular como "El gusano", que para los habitantes de la capital latinoamericana encarna la explicación de los males e imprevistos que surgen, una especie de superstición con rasgos de comicidad. Es al mismo tiempo la ciudad de lo inesperado, de los sucesos sorprendentes que escapan a la gran ciudad; prueba de ello es la sublevación armada que se apodera de las calles, confinando a los extranjeros al encierro forzoso en el hotel.

El *flujo*, característica primordial de la gran ciudad, se reemplaza aquí por la interacción social, propiciada por el espacio y por el encierro en el hotel, que forzosamente desemboca en el diálogo y la solidaridad entre los allí presentes.

La precisión y la rigidez de los horarios también se pierde en la capital latinoamericana, en donde el tiempo se dilata por el encierro y las pocas probabilidades de calcular el tiempo en que durarán las condiciones sociopolíticas imperantes:

Iba yo a alegrarme del fin de nuestro encierro cuando Mouche me avisó que durante un tiempo indefinido regiría el toque de queda (...). Ante el engorro que restaba toda diversión hablé de un regreso inmediato (...). Pero mi amiga sabía que las compañías de aviación, excedidas en solicitudes semejantes, no podrían darnos pasajes antes de una semana, por lo menos ⁵.

Notamos aquí una aproximación más sensorial al entorno: las fragancias, el clima, el sexo, adquieren una relevancia que antes estaba eclipsada por lo racional y la intelectualización de lo que acontece:

3 Ibídem pág. 43.

4 Ibídem pág. 44 (la descripción continúa a lo largo del cuarto capítulo. Trascibí una parte a manera de ejemplo, pero para mayor precisión se puede leer todo el capítulo a la luz de lo aquí comentado).

5 Ibídem, pág. 66.

La miro largamente, algo resquemado por el chasco de la víspera: aquella crisis de alegría, debida al perfume de un naranjo cercano, que nos alcanzó en este cuarto piso, acabando con los grandes júbilos físicos que yo me hubiera prometido para aquella primera noche de convivencia con ella en un clima nuevo ⁶.

Sin embargo, todavía quedan rasgos de la racionalización que domina toda la primera parte en la búsqueda desesperada de Mouche en los corredores del hotel. El personaje no se ha logrado despojar de la carga simbólica que ha marcado su vida en la *gran* ciudad.

Las zonas rurales y selváticas

El narrador se adentra en zonas completamente nuevas para él. La selva tiene una sintaxis que se resiste a ser descifrada, en la que los conocimientos adquiridos no tienen utilidad frente a las costumbres, los usos y las creencias de sus habitantes. La interacción humana se equipara a la interacción con el entorno, hasta el punto en que la selva cobra una personalidad que no tenían los anteriores lugares. El narrador se deja seducir por el animismo de las cosas: los árboles cobran vida, el río tiene una presencia en ocasiones más fuerte que la del Frayle o el Herborizador. En la selva se invierten las reglas, se crean unas nuevas y hasta cobran significado cosas que antes no lo tenían, como el caso de la *Novena Sinfonía*, que al escucharla de nuevo en el noveno capítulo, adquiere resonancias que en el segundo pasaron desapercibidas, hasta el punto en que el narrador afirma: “Por fin había alcanzado la *Novena Sinfonía*, causa de mi viaje interior”, en la página 103.

El sentido del tiempo se diluye por completo. El narrador tiene la impresión de estar en el Neolítico, en el paleolítico, en la Edad Media y en los tiempos de la Conquista y todas las épocas perviven simultáneamente, confundiendo la noción de *presente*:

Acaso transcurre el año 1540. Pero no es cierto. Los años se restan, se esfuman, se diluyen en vertiginoso retroceso del tiempo ⁷.

Asimismo, la cronología del reloj es inoperante en la selva. Los ciclos no se cuentan por las horas, sino por las necesidades corporales, por los destinos y las tareas que se realizan, sin importar la duración. El presente es el único que cuenta, y el que verdaderamente importa para Rosario y los suyos:

6 Ibídem, pág. 49.

7 Ibídem, pág. 185.

mañana, me parece asombroso. Y, sin embargo, es evidente que esta disposición de ánimo debe ensanchar considerablemente las horas de sus tránsitos de sol a sol. Habla de días que fueron muy largos y de días que fueron muy breves, como si los días se sucedieran en tiempos distintos; tiempo de una sinfonía telúrica que también tuviese sus andantes y adagios, entre jornadas llevadas a un movimiento presto ⁸.

La selva es asumida como una experiencia sensorial, en donde el cuerpo y los sentidos son el mayor instrumento de conocimiento. La primera relación sexual con Rosario es propiciada por el descubrimiento de un olor similar al de los recuerdos de la infancia; y los estímulos visuales, los olores y los sabores opacan casi por completo la tendencia a racionalizar que tenía el narrador en ambientes urbanos. La intelectualización se trasforma en admiración, en sorpresa constante, en continuo y placentero descubrimiento.

Por ello, el regreso a la *gran ciudad* es una experiencia traumática desprovista de sentido, porque significa volver a circunscribir la vida, a despojarse de las emociones y de los sentimientos que descubrió en el trayecto desde la metrópolis hasta la jungla. Ni siquiera la posibilidad de escribir una pieza musical compensa las carencias de la ciudad. El personaje debe retornar, pero esta vez la selva le es esquiva y la mujer que le dio sentido a su vida ya no le pertenece. Quiso regresar sobre sus pasos, pero éstos se borraron para siempre.

8 Ibídem, pág. 189.